

- LA DOGARESA.—Cuento.—Traducido por Alfred Voigt; publicado en el mismo periódico el 20 de Septiembre de 1907, y en Viena, *Wiener Deutsches Tagblatt*, el 16 de Noviembre de 1907.
- MELITA PALMA.—Novela.—Traducida por A. Rudolph; publicada en el *Hamburgischer Correspondent*, Febrero de 1907.
- SANGRE ESPAÑOLA.—Novela.—Traducida por Alfred Voigt.
- LAS HIJAS DE «DON JUAN».—Novela.—Traducida por A. Rudolph; publicada en el *Hamburgischer Correspondent*, 1908.
- MADRID GOYESCO.—Novela.—Traducida por Alfred Voigt.
- NIETA DE REYES.—Cuento.—*Eine Enkelin von Königen*.—Traducida por A. Rudolph.
- EL MOLINO DE LOS GELVES.—Cuento.—Idem íd.
- TIRSO DE MOLINA.—Conferencia leída por su autora en el Ateneo de Madrid. Traducida por A. R. Publicada en la revista *Ueber den Wassern*. Munchen-Munster, Westfalia, 1910.
- SANGRE ESPAÑOLA y LA NIÑA DE SANABRIA.—Forman el volumen 223 de la Biblioteca *Ensslins Roman und Novellenschatz*.—Reutlingen.

AL DANÉS

- MARINS OG GUMIELS.—Cuento.—Publicado en el *Dagbladet*, de Cristianía (Noruega), el 21 de Abril de 1907.
- LA RONDEÑA.—Cuento.—Publicado en el *Dagbladet*, de Cristianía, el 19 de Mayo de 1907.
- PATER GLAEDER MIG (*El Padre «Me-alegro»* cuento).—Publicado en el mismo periódico el 28 de Julio de 1907.—Traducido por Didisk Grøn-vold en Hamar (Noruega).
- MELITA PALMA.—Novela.

EL TESORO DE SORBAS



EL TESORO DE SORBAS

I

La villa de Sorbas, en Almería, encaramada en lo alto de un montículo de cortes verticales ceñido por el doble abrazo del río Aguas y del arroyo, que como fosos naturales le aislan y defienden, mantiénese allí en la altura mirando al Mediterráneo, hosca, huraña, estacionaria, moruna todavía, sustentando en la cumbre las denegridas ruinas del viejo castillo árabe y mostrando en su única entrada practicable las desiguales bocas de sus célebres *cuevas* carilavadas, encaladitas por fuera como viviendas andaluzas, y por dentro amarillentas y negruzcas, con los tonos de la dura arenisca miocena ahumada por las fogatas del hogar.

Por allí no han pasado las luces ni el nivel del progreso. Con la arcilla extraída de aquellas socavaduras constrúyense objetos de alfarería

igualitos á los usados por los súbditos de Boabdil; las gentes son bronceadas de tez, perezosas al trabajo, activas á la lucha, amigas de la zambra voluptuosa, valientes, vindicativas, fatalistas, supersticiosas: árabes de raza.

Todavía pueden sorprender allí la pluma y el lápiz del artista ó la *instantánea* del aficionado, color regional, tipos castizos, poesía, tradición, bellezas nativas.

Una nota disonante, moderna, había, sin embargo, en Sorbas al ocurrir los sucesos de mi cuento: el señor Martín Uribe, el herrero: un bilbaíno de la propia calidad del metal que trabajaba, que á costa de labor ciclópea y terquedad éuscara logró aclimatarse en aquella tierra de moros é imponer sus productos al pueblo y aun á toda aquella región, suplantando al viejo gitano que de tiempo inmemorial tenía allí, junto á las cuevas, fragua y herradero de bestias, ambos á la usanza de los días de los Reyes Católicos.

Martín Uribe plantó en Sorbas un taller de forja y fundición á la moderna, como montado por quien sudó largos años en los Altos Hornos bilbaínos y conocía el arte de fundir y forjar como los propios dedos de su mano callosa. Así fabricaba rejas de arado y aperos de labranza, como prensas aceiteras, rejería y toda suerte de material de construcción, y aun utensilios domésticos.

Tenía Martín Uribe un hijo hermoso, con la robusta belleza de la gente vasca, el cual, como nacido y criado en tierra andaluza, juntó al recio

temple de su raza la gracia y apostura propias de aquella patria de la gallardía y el donaire.

Y al tal mocito, Gabriel por nombre, asentóse en el alma desde la niñez el mayor imposible amoroso que se le hubiese ocurrido al mismo Lucifer, inventor reconocido de lo que á nadie se le alcanza: cortejar no menos que á la castellana del lugar, á la alcorniadísima heredera de los Silvas de Toledo, los *señores de Sorbas*, como ellos se decían, que bufaban de altivos y reventaban de linajudos.

Como que el don Rodrigo de Silva actual poseedor desposeído de los *estados* imaginarios de aquellos Silvas, que de tres siglos á esta parte no vieron cinco duros juntos, tenía el escudo nobilísimo grabado y esculpido en todos los enseres caseros, hasta en el roñoso cajoncillo de pino en que el buen hidalgo guardaba los peines y navajas de afeitar; y con los pergaminos genealógicos que amontonaba en tres arcones apolillados hubiese podido poner parche á todos los tambores y panderetas que se rompen en Madrid por Navidades. Y en cuanto á la nonagenaria doña Mayor de Toledo, madre de don Rodrigo, que era ella misma un pergamino viviente, parecía la historia insepulta de la familia y guardaba en *sus fastos* más grandezas enmohecidas que el propio archivo de Simancas. Muy bien sabía la reverenda dueña y harto inculcó á su hijo que todos los castillos del *reino* de Granada eran legítima propiedad y feudo de los Silvas ó de los Toledos, y de todo ello había en la casa ejecuto-

rias y papeles que lo cantaban muy clarito; de suerte que en el don Rodrigo venían á juntarse y confluir por ambas líneas paterna y materna todas las noblezas, mayorazgos, privilegios y señoríos, y con ellos la legítima posesión y dominio de todos los castillos, villas y lugares del opulento reino granadino, con sus correspondientes bosques, ganados, huertas y tierras de labrantío. De todo aquello era amo y señor natural don Rodrigo, sin que le faltase para cobrarlo y tenerlo en su mano sino una sola cosa que posee mágica virtud para mover así las lenguas de los letrados como el mohoso rodaje de los Tribunales de justicia: «¡Dinero, dinero y dinero!», como decían á grito herido doña Mayor y su unigénito á cuantos querían escucharlos, que iban siendo muy pocos en Sorbas, tanto porque aquellas invocaciones al precioso metal solían ir acompañadas de duros *sablazos* al prójimo plebeyo, cuanto porque las gentes estaban ya ahitas de oír hablar de pergaminos y riquezas; porque en madre é hijo el ciego afán del pícaro dinero que había de ponerles en quieta posesión de sus dominios, habíase trocado en sugestión morbosa, en verdadero delirio de codicia, que les hacía imaginar á toda hora herencias maravillosas ó tesoros escondidos. Así, á la madre la llamaban en Sorbas *Doña Urraca*, y al hijo, *Sueñatesoros*; y aunque, fuera de aquellos desvaríos de grandezas, eran ambos ilusos la bondad misma, no quedaba alma viviente que se expusiera á oír sus lamentaciones y desbarros.

Otra persona de aquella familia, por lo pasiva insignificante, era doña Elvira de Guzmán, la esposa de don Rodrigo, una granadina obesa, que no vivió nunca sino para ambicionar dos cosas: un título nobiliario y muchos sartales de perlas y brillantes. La codicia de ambas grandezas hizola aceptar la mano y los soñados dominios de Silva; y si bien en diez y nueve años de matrimonio sólo vió en su casa miseria y locuras, consolábase esperando mansamente en el logro de las prometidas bienandanzas.

Víctima de aquellos tres visionarios era María, la niña de Silva, cuyos floridos diez y ocho años andaluces secábanse entre las negras paredes del caserón agrietado, desnudo y siempre desierto. Lo que sería una mariposa de luz aleteando en el hueco de una calavera, érase la alegre niña revolando por aquel solar cavernoso y muerto. Horas y horas pasábanse doña Mayor y don Rodrigo desdoblado rancias ejecutorias y siguiendo con el dedo las intrincadísimas ramificaciones de verdaderos *bosques* de árboles genealógicos; el mismo tiempo que la pacífica doña Elvira, embutida en un despanzurrido botón de gutapercha, estábase tejiendo y destejiendo vueltas de *crochet* en una pesadísima colcha, digna de Penélope por lo inacabable.

Y entretanto Mariquita se parecía por lucir desde los balcones las faldas de percal floreado, las toquillitas de colores suaves, la fresca rosa prendida al frondoso pelo negro; y en los balcones cuidaba de sus pájaros y flores, y allí vivía,

cantaba y respiraba á plenos pulmones el aire, como con sed de beberse el espacio, que era libertad y vida.

Y como frente á los balcones estabase á toda hora, hermoso como el arcángel de su nombre, Gabriel, cuya persona respiraba juventud y nobleza, cuyos ojos pedían ansiosamente amores, y cuya constancia y rendimiento decían más que palabras..., ¿qué había de suceder, sino que María se enamorase de Gabriel, y que Gabriel se volviese loco de pasión al verse correspondido por María? Y eso sucedió, sin que el recato y misterio con que ambos celaban su cariño hiciese otra cosa sino añadir leña al fuego.

II

Un atardecer de otoño en que los tres Silvas mayores hallábanse encerrados en su madriguera—un cuarto interior con ventanas á un patio sucio—y entregados respectivamente al *crochet* y á los pergaminos, Gabriel y María, aprovechando la soledad de la calle, de donde los primeros fríos barrieron á los curiosos, atreviéronse por primera vez á hablarse. ¡Hablarsel... ¡Qué divino atrevimiento, qué no gustado deliquio! ¡Oír por primera vez el propio nombre en los labios amados! ¡Hay mayor dicha?

«¡María!», articuló Gabriel temblando de pies á cabeza. «¡Gabriell!», osó pronunciar María doblando el grácil busto sobre el antepecho. Y... entre el balcón y la calle, en el húmedo ambiente vespertino, los ecos de aquellos dos nombres siguieron sonando con degradaciones remotas, supramundanas; y absortos en aquellas músicas divinas que misteriosamente se cruzaban entre ellos, ni uno ni otro se atrevían á cambiar más palabras...

Doblando lentamente la esquina de la calleja frontera al caserón, apareció una vejezuela andrajosa y claudicante, que andaba con ayuda de una muletilla corta: era tía Jeroma *la Morisca*, una gitana casi centenaria, que vivía allá en la última y más negra de las cuevas, en un boquete hondo y tenebroso conocido por *la Cueva de la Bruja*; tal fama gozaba la tía Jeroma, cuya nota de morisca era acaso expresión del odio del pueblo, que á plena luz la denostaba y aun apedrea heroicamente, y en horas de sortilegios y *espantos* solía buscarla supersticioso en demanda de *buenaventura*, suerte de cartas, cura por ensalmo ó hierbas milagrosas, ó en busca de *filtros* y maleficios, emplazamientos de muerte y venganzas fatídicas contra enemigos jurados.

Ante las almas piadosas andaba la tía Jeroma con mucho pujo, renqueo y «¡Dios me valga!»; y cuando se creía sola, gilocha y calladita. Segura de que los enamorados no habían de verla, mirólos con avidez, y sus ojuelos verdosos lanzaron un relámpago felino.

—¡Cogida te tengo, maldita casta de los Silvas!—murmuró entre encías, que no guardaba señal de dientes, y paróse á respirar con el ansia de quien logra el mayor anhelo de su vida.

Nadie lo sabía en el pueblo; pero ella no olvidaba que por causa de aquella mala ralea de los Silvas, del padre mismo de don Rodrigo, que fué de *la Justicia*, ahorcaron en Granada á su hombre *por unas tristes puñalás* y unos *apaños* que no los sacaron de miserias. *Jurada se la tenía* desde entonces; siguiéndolos se vino á Sorbas; y ahora, ahora veía ella los dos filos del cuchillo que había de *jundirles* hasta el puño. Y como el monólogo es la expresión de la emoción aguda, breve y caluroso mantúvolo callandico la vieja, si es que no tenía por interlocutor al Demonio, su amigo. Pero, tomada pronta resolución, con acompañamiento de muleteo y quejumbres llegóse á Gabriel y, poniéndole la sarmentosa mano en el brazo, díjole en tono prestigioso:

—¡Grabié, hijo del *jerrero*, mu artos pusiste tus ojos! ¡Guárdate del lobo cano y de la leona vieja!

—¡Quita, bruja!—gritó el muchacho con sorpresa y repulsión.

—¡No gaste *fantesta*, niño, que la *jierbesiya* que pisas ensierra quisá tu vía ó tu muerte!

—¡Déjame, estantigua!

—¿Quiere tú, lusero e Sorba, lográ er bien más grande que logró galán enamoraó? ¿Quiere que te ponga yo en la mano esa rosita der *gilerto* der Paraíso? Po dame mil reale para acabá mi día, y te la doy.

—¡Vete, *Morisca!*

—¡Qué son pa ti esos *parnese*, cómparao con la gloria divina!

—¡Quién te hace caso!

—¡Que te lo juro po er descanso e mis muerto! ¡Que te lo firmo con mi sangre! ¡Mal rayo me mate si no jablo el Evangelio! Y si no..., ¡pruébalo!

—¿Y qué harías?—preguntó el mozo, ya alucinado—. ¡Alguna barbaridad!—añadió reflexivo y dudoso.

—¡Con la muerte al ojo te piensa que quió ganame el infierno! Vamos... ¿No darías esas monea po aquel sielo?

—Por ella... ¡qué no daría yo!

—¡Trato jecho!... ¿Palabra de hombre?

—¡Como me cumplas la tuya...!

—¡Dala por cumplía!

Y Gabriel, temeroso de ser visto, alejóse de la calle; y la vieja, gañendo y renqueando, entróse en el negro portalón de los Silvas.

En el patinejo hallábase lavando Manuela y cortando leña Andrés, dos viejos perros de la casa, y su única servidumbre. Con ellos habló larga y quedamente la tía Jeroma; y algo estupendo hubo de decirles, porque ambos quedaron haciéndose cruces y corrieron á contar el caso á los señores.

III

Antes de amanecer chirriaron llave y cerrojo en el zaguán de los Silvas, abrió Andrés la puerta carcomida, asomó por ella un turbio farolillo, y, como *aparecidos* de otras edades, mostráronse doña Mayor arrebujaada en luengo y ceñido manto, y don Rodrigo rebozado en haldua capa. Asida la madre al brazo del hijo, tropezando, sacudidos de frío y de emoción ó de susto, aventuráronse por las pedregosas callejas de Sorbas, heladas y desiertas.

**

En la *Cueva de la Bruja* ardía desde medianoche la hoguera precursora de conjuros y sortilegios. La tía Jeroma aguardaba clientes; y ¡vive Dios! que hablaba con el Demonio la maldita, según sabía preparar el teatro para escenas prestigiosas. Al fondo del boquerón tenebroso, la hoguera, alma de los aquelarres, lamía con sus llamas embrujadas las negras estratificaciones de la arenisca, comida y calcinada por el fuego. Alimentaban la fogata gibosos troncos de olivo y pencas de pita ó chumbera desecadas al sol, cuyos calados filamentos brillaban como encajes igneos entre vaporosas cenizas blancas; otras

pencas y troncos á media combustión parecían en torno al foco vivo negros dragones de escamas y bocazas de lumbre; y en derredor al fuego blanqueaban amontonados huesos de perros ó de lobos, fémures roídos, mondadas calaveras por cuyas cuencas se transparecía la llama.

A completar el cuadro rembrandtiano, el agua-fuerte macabra á lo Durero, el capricho goyesco, llegaron los dos Silvas, mojados por el rocío de la madrugada el manto de la señora y la capa y el fieltro del hidalgo. Faltaba sólo á la linajuda la holandesa toca repulgada, y al caballero la tizona de taza y la enrizada gorguera; pero, aun sin esos toques, la ilusión era perfecta: la faz apergaminada de la madre tenía el austero misticismo de algunas reverendas señoras retratadas por Sánchez Coello ó Pantoja de la Cruz; el rostro alongado, la apuntada barba, el recortado pelo, blanco hacia las sienas, la palidez ascética, la psicología entera de don Rodrigo, surgían de un lienzo del Greco. ¡Pleno siglo XVII!

Desarrebozados de manto y capa, temblorosos, febriles, como atacados de dolencia del alma, hablaron los Silvas á la bruja, que, surgida de un seno del antro, se inclinaba ante ellos.

¿Sería verdad lo que la hechicera aseguró á los criados? ¿Podría creerse en sus perfidias y sugerencias infernales?

De rodillas cara á la hoguera, con los brazos en cruz y las lágrimas en los ojos, confesó la centenaria entre hipos y sollozos que ella, como el pueblo aseguraba, descendía de moriscos, y que

sus más antiguos pasados conocidos fueron moros, señores en la corte de Boabdil, muy allegados á la persona del Monarca; y que á éstos sus antepasados, en los días aciagos de la Conquista, confió el vencido soberano sus más grandes tesoros. ¡Y qué tesoros! Montes de monedas de oro purísimo, ríos de perlas, rubíes y esmeraldas, toda la fabulosa opulencia de un príncipe mahometano, encerrado todo ello en cofres de hierro, en vasos de bronce ó en ventrudas tinajas de barro. De todo lo cual fueron, por tradición religiosa, guardadores avaros los ascendientes de Jeroma, que ocultaban fanáticos aquellas riquezas, con juramento solemne de padres á hijos de que jamás caerían en manos de *infielles*...

—Infielles eran para ellos los cristianos, señores míos—gemía Jeroma—; pero yo, ¡gracias á Jesús crucificado y á la bendita Virgen!, soy cristiana—y se golpeaba el enjuto pecho—, cristiana hasta la muerte, y no puedo pensar en morir-me llevándome á la tierra ese secreto. ¡Porque los tesoros del Rey Boabdil enterrados están bajo los solares de los señores de Silva, y de derecho pertenecen á ellos, y á nadie más!—acabó en tono sibilítico.

Las pupilas de doña Mayor dilatáronse como en presencia de un prodigio, y los ojos de don Rodrigo centellearon de alucinación y codicia.

—¿No nos engañas?—preguntó doña Mayor con voz cavernosa.

—¡Si mintieras, te acordarías de mí!—amenazó don Rodrigo con furia de loco.

—Las pruebas de ello tengo aquí en el seno—dijo la vieja sacando de él un pergamino roñoso y redoblado, en que aparecían trazados con tinta negra y roja unos casi borrados signos, que antes semejaban notación de viejo antifonario que árabes caracteres—. Bajo la casa de la plazuela—decía la vieja como si lo leyese en aquel logogrifo—están los tesoros de nuestro Señor el Sultán—y gimiendo enronquecida juraba: —¡La cabeza pondría yo en el tajo si lo que digo no fuera cierto como la muerte y como el día del Juicio de las almas!

La hora, el lugar de la escena, la alucinación del insomnio, el tono fatídico y solemne de la bruja, y, más que nada, la enloquecedora vislumbre de las codiciadísimas riquezas, ejercían irresistible sugestión sobre los visionarios; sugestión de la cual aprovechóse diabólicamente la taimada gitana, declamando con el énfasis sentencioso y la conturbadora mímica de los de su ralea:

—¡Por el Dió que está en lo sielo m'atrevo á jurá que esto grande zeñore han tenío la *corasoná* y el *aviso* de su fortuna; porque *está escrito*—usaba esta fórmula árabe en sus conjuros—, *escrito está* que er tesoro escondío *clama* dende la tierra, y que er corasón *anunsia* los biene como los males!

Doña Mayor y don Rodrigo alentaban ruidosamente; la emoción les reventaba en el pecho; aquello era lo mismo que ambos pensaban; tuvieron siempre el presentimiento de los tesoros, la

predestinación á la grandeza: de aquí sus sueños y visiones. ¡Estaba escrito! En toda alma española hay un yacimiento fatalista, árabe puro.

Concertóse que la vieja iría á la madrugada siguiente á señalar el sitio del tesoro, que ella veía claro y distinto como los dedos de su mano, sobre todo cuando cerraba los ojos. Y nada más se habló; las grandes emociones son lacónicas.

IV

La casa del tesoro no era, según *la Morisca*, la que los Silvas habitaban, sino otra aun más vieja y ruinoso, toda gibas, grietas y goteras, tan minada y roída de siglos y alimañas, que á la menor trepidación cernía tierra y serrín y se desconchaba sola, retorciendo y doblando todas sus líneas con marcado esfuerzo á tumbar de una vez la rota osamenta. Aun así, todavía albergaba aquel cascajo á unos cuantos infelices, no muy bien hallados con su vida, y que por tenerla en amenaza perpetua pagaban á los señores de Silva las únicas rentas con que éstos sustentaban lo poco que en ellos no vivía de ilusiones.

Grande fué la sorpresa de aquellos inquilinos de escombros al verse expulsados con apremio por perentorio derribo en evitación de hundimiento, según se les notificó.

—¿Jundimiento?...—se decían aquellos castizos andaluces—. ¡Más jundío que está esto!...

Y nadie los movía. Pero cuando á la madrugada vieron aparecer con picos y faroles una cuadrilla de albañiles acaudillados por los Silvas y por la tía Jeroma, creyéronse presa de trasgos y aparecidos, ó víctimas de negra pesadilla, y cada cual, como el paralítico del Evangelio, tomó su lecho y dióse á huir más que á paso...

—¡Por aquí, por aquí!—decía la empecatada gitana aplicando las piquetas á los escasos puntos firmes en que se sustentaba la casa. Entretanto doña Mayor mandaba á Andrés y á su hijo hacer grandes excavaciones en patio, cuadra y zaguán. ¡Nada por ningún lado!

De pronto..., no se sabe cómo fué aquello, ¡cris!, ¡cras!, ¡patatrás!, ¡¡bruum!! La casa se hundió, y por milagro no les cogió á todos debajo. Pero nadie se extrañó de ello; así buscarían mejor. Y durante tres días, á cielo abierto, y ayudados inevitablemente, primero de toda la chiquillería andante y después de casi todos los habitantes de Sorbas, estuvieron los Silvas, los albañiles y la bruja busca que buscarás el tesoro. Desescombróse el solar por ensalmo, se cavó todo el suelo, se cernió la tierra... ¡Ni señal de arcas, ni ánforas, ni tinajas de oro!... ¡Ni un mal puchero con ochavos morunos!

Cuando don Rodrigo acabó de creer la triste realidad, á punto estuvo de estrangular entre sus manos á *la Morisca*.

Desasióse ésta como pudo de aquellas garras

de loco, y, puesta de rodillas ante los dos *grandes señores*, confesóles con llanto congojoso y juramentos espeluznantes que se había equivocado; que sin duda el Demonio, enemigo de cristianos, jugóles aquella mala pasada, pues de todo fué causa una palabra no bien entendida, que ella creyó significar *plaza*, y luego recordó que no significaba sino *calle*; error perdonable en quien no entendía *de lengua mora* sino lo que *venía* en el pergamino, y eso por habérselo leído su padre antes de morir, siendo ella una *chavala*. Claro estaba como la luz del mediodía que bajo la misma casa de los Silvas, bajo el solar de su nobleza estaban los tesoros del Sultán.

—¡Allí, allí, en la cueva—decía con extravío de visionaria—; viéndolos estoy como si la tierra se *gorviese* vidrio claro!

Y... ¡cómo no creerla! Allí, allí, en la misma casa donde ellos los habían presentado y buscado tantas veces; allí, bajo la bóveda árabe de ladrillos que cimentaba el caserón, hallábanse soterrados los montones de oro, los arroyales de perlas, rubíes y esmeraldas. ¿A qué dudar? ¡Manos á la obra!

De madrugada, con mayor sigilo y aparato de fuerza destructora que la primera vez, báronse todos, hasta doña Elvira y Mariquita, á la cueva moruna de vigorosa fábrica. Al pie de uno de los macizos pilares en que estribaba la bien trabada bóveda llevó la bruja toda la fuerza de picos y azadones; allí cabalmente, dentro ó bajo aquel pilar, había de hallarse la

boca ó entrada, el sésamo prestigioso de la cueva del tesoro.

Mordían los picos con furia los recios ladrillos árabes, apretados en compacta masa por la humedad y los siglos, y cuando por un momento parábanse los hombres jadeantes á respirar, oíase, apagando el de los jayanes, el alentar afanoso de los Silvas, que, como si la tierra se hiciera translúcida—según les sugirió la gitana—, veían ya bajo ella esplender el oro y relampaguear la pedrería.

De pronto una azada tropezó con un cuerpo metálico; oyóse un grito loco de don Rodrigo; se vió rebrillar algo en su mano... ¡Una moneda, y árabe, y de oro!... ¿Estábase allí enterrada desde luengos siglos? ¿La puso alguna mano traicionera? ¿Algún guasón? ¡Quién lo averigua! Pero el delirio, el vértigo de acción, la furia destructora que se apoderó entonces de los Silvas, de Andrés y de los albañiles, es inenarrable.

Trabajaban los ganapanes como fieras, como poseídos; corrían todos, todos escarbaban con las manos, hundiendo las uñas en la tierra... Y como allí no entraba luz, ni nadie contaba ya el tiempo, la delirante embestida al robusto pilar duró largas horas. Y como sobre aquel pilar y sobre aquella parte de bóveda estribaba y se mantenía lo más entero y sano del caserón, cuando la brecha era ya grande y el pilar vacilaba y se cuarteaba la bóveda, un ruido sordo y creciente como de huracán ó tormenta comenzó á rimbombar sobre la cueva. Miráronse todos con angustia

indecible... Los muros de la casa, quebrantados por el duro golpear, atacados por el pie, se cuarteaban, se rendían, y una serie de estampidos formidables como cañonazos dejó aterrados y cadavéricos á cuantos se hallaban allí sepultos.

Arriba, el bárbaro fragor del desplome y las nubes de polvo que envolvían la calle advirtieron á los vecinos del hundimiento de la casa de los Silvas.

Cuando Gabriel Uribe oyó el estrépito y vió el derrumbamiento, pensando en su María, corrió como loco á salvarla ó á perecer con ella; y tras de Gabriel corrió el señor Martín, que adoraba á su hijo y tenía las entrañas tiernas cuanto duros los miembros; y en pos de ellos se lanzaron sus obreros de la herrería, y los vecinos de la calle, y Sorbas entero, que no se daba aún cuenta de lo ocurrido.

Ciego, demente, se arrojó Gabriel por entre el polvo y los escombros, y bajo la lluvia de piedras y maderos que seguían derrumbándose hacia el centro; y con Gabriel iban, defendiéndole y abriéndole paso con sus manos de hierro, su padre y los demás ciclopes de la herrería. Y como hacia la cueva se oyesen lamentos desesperados, hacia ella se precipitó el puñado de valientes, y, abierta brecha en los escombros, bajo los cuales hallaron á dos ó tres albañiles malheridos y á otros tantos magullados ó contusos, lanzáronse adentro, y allá en el fondo del antro, bajo los arcos enteros aun de la recia bóveda, á la luz de un mortecino farolillo, adivinaron más que vie-

ron los ojos de Gabriel la forma blanca y ligera de María, que el mozo, transido de amor, rodeó con sus brazos, sacándola en triunfo de entre riesgos de muerte, saludado por los vivas y gritos de alegría del pueblo, siempre amigo de valientes y de amores contrariados.

También el bravo Martín Uribe halló bajo la bóveda protectora un cuerpo que salvar: el de la anciana doña Mayor, casi asfixiada entre el polvo y casi muerta de espanto. No pensó el rudo forjador en rencores de raza, y en sus brazos de acero sacó al aire puro el cuerpo de la desmayada señora. Y no faltaron brazos de herreros que pusieran á salvo al cadavérico don Rodrigo y á la enorme doña Elvira y al viejo Andrés, que apenas alentaban de asfixia y de susto.

Cuando con el aire de la calle y las rociadas de agua fresca en las caras y otros primeros auxilios que les prodigaron las buenas gentes del pueblo comenzaron á respirar y á recobrase los malandantes visionarios, ordenó el generoso herrero llevarlos todos á su casa, donde no faltaría techo seguro, pan abundante y alma ancha para recibirlos.

Con lágrimas en los ojos y con efusivo apretón de manos agradeció el descaecido caballero la oferta del menestral, y asida María del brazo de Gabriel, y la exánime doña Mayor al brazo de Martín Uribe, sin que faltase apoyo á don Rodrigo y á doña Elvira, encamináronse todos lenta y trabajosamente por entre la masa del gentío hacia la casa de los herreros.

Trémula, casi expirante, arrastrábase la imponente doña Mayor, sostenida por el duro brazo de Martín Uribe.

Silencio solemne, casi religioso, rodeaba al triste desfile. Nadie se burlaba. ¡Había en aquel grupo tanto de majestad caída, de ideales malogrados, de ilusiones muertas!... Además, ¡veíase cada cual tan al vivo representado en aquellos sueñatesoros!... ¿Quién de ellos no hubiera hecho lo mismo? ¿Quién tiraría la primera piedra á los perseguidores de ideales?

Juntáronse á contemplarlos el médico, siempre pesimista, y el cura, siempre conciliador.

—¡Ahí tiene usted la *Historia de España*—dijo el médico señalando á doña Mayor—: gastó la vida y arruinó sus solares en busca de imaginados tesoros, y ya, sin gloria, ni aun piedras suyas, no encuentra más apoyo que el fuerte brazo de un obrero!

Y el cura, que sabía que no sólo de pan se vive, dijo con grave rostro al médico, señalándole las dos parejas de Uribes y Silvas:

—Descubrámonos, amigo, ante los soñadores de grandezas, y... celebremos las bodas de la Tradición con el Trabajo.



LA CORAZA

Á la Condesa del Castellá.

I

Desde lejos, en el silencio prestigioso que envolvía la mitológica fragua, oíase día y noche golpear los duros martillos de los cíclopes sobre la sonora chapa de oro de que forjaban con arte sobrehumano una coraza esplendorosa, digna de un dios. Las rojas llamaradas reflejaban en el áureo arnés, arrancándole refulgencias de astro, y los membrudos cíclopes batían incansables el resonante oro, mientras el sudor perlaba sus frentes, empapando sus crespos rizos, y un ardor creciente hacía relampaguear su único ojo, cuando sediento de curiosidad entré en el misterioso antro—¡adónde no penetrará el poeta avaro de los secretos de la vida y de lo ignoto!—. Des-

lumbrado por el esplendor de la coraza maravillosa, preguntéles á qué desconocido dios la destinaban.

—¡Mortal!—me dijo el más cortés de aquellos sacros jayanes—, ¿ignoras que pasó el tiempo de los dioses?... ¡Los dioses se han ido!... La coraza que forjamos con amor de artistas ultraterrenos está destinada, sin embargo, á uno que en nuestra edad olímpica hubiérase llamado semi-dió, y que vosotros, los homúnculos de ahora, más prosaicos, no menos ambiciosos que los hijos de la celeste Grecia, llamáis *superhombre*. Concluida nuestra obra, la sumergiremos tres veces en las aguas milagrosas del Leteo—siendo poeta, no ignorarás el nombre del río del olvido—. Después embotaremos sobre ella las flechas del Amor, del divino Amor gentilico, y mediante filtros misteriosos la haremos impenetrable á los místicos dardos de vuestra multiforme caridad cristiana y de vuestra enervante compasión, afe-minadora de los viriles ánimos antiguos, que hermanaban á los hombres con los dioses. El excelso mortal que cifa esa coraza de oro no sentirá amor ni compasión, flaquezas que enmorbidecen el alma y la deforman; su espíritu sereno, con la radiosa serenidad de los inmortales, podrá lanzarse á todos los horizontes y cernerse sobre todas las alturas sin vértigos ni desmayos; su entendimiento, libre de miserias y limitaciones humanas, será igual al de los dioses.

Calló el ciclope, volvieron los martillos á golpear la armadura, y, asombrado yo de lo que ha-

bía visto y oído, alejéme pensando: «El hombre que no sienta ni ame, ¿podrá crear belleza, ser artista?...»

II

Mudáronse las sombras de mi sueño—como dijo un poeta—, y halléme en un antro ahumado y fétido, que poco á poco percibi ser vulgar taberna de ciudad populosa, y frente á un hombre alto, arrogante, hermoso, olímpico, rico de músculos, irreprochable de contornos, de imperioso mirar, de inalterable majestad ultraterrena. El desconocido hablaba, y un grupo de intelectuales escuchaba extático; su palabra era fácil, luminosa, musical, perfecta; sus ideas, de superior alcance, giraban moviéndose como con esplendor y armonía sidérea; cuando reposadamente las exponía, semejaba un ser de otro mundo, *un envidado*. Pero de súbito deteníase el río caudaloso de su elocuencia, anublábase su iluminada faz, un rayo de satánica desesperación surcaba su frente y contraía su entrecejo, y aquella faz hermosa expresaba algo repulsivo, antihumano, y como dejando transparecer la caída trágica de su inteligencia desde su deífica altura, tomaba durezas agresivas, perfiles demoníacos...

—Yo no debí entrar aquí—suspíró de pron-

to—; ésta es una guarida de intelectuales bohemios que ahogan en vino el *tedium vitæ* para rimir después, como Byron, neuróticas tristezas, morbosidades deprimentes; pero... ¡en vano busco mi inspiración de otros tiempos! La quietud olímpica de mi alma es fría, infecunda como la estepa. Mi superioridad me aisla de la vida, mi impasibilidad me petrifica: ya no sube á mi cerebro el vaho terreno, sí, pero caliente, agitador de las sensaciones hondas, que caldeaba y encarnaba mis ideas; pienso para los inmortales, no para los hombres; mis estrofas no vibran, no conmueven, no interesan á nadie... ¡Ay, pero tampoco pienso para los inmortales, no alcanzo á sus alturas; el alfa y la omega de la vida continúan para mí veladas en impenetrable misterio!... ¡Ya no soy hombre, y nunca llegaré á dios!... ¡Superhombre me llaman! ¡Oh sarcasmo! ¡Romperé mi pluma y moriré como el divino Nietzsche, loco, perdida la razón, que quiso escalar lo infinito!...

El semblante del semidiós moderno expresó extremo dolor; pero aquella expresión duró lo que un relámpago: el dolor no podía alterar su tranquilidad augusta, y tornaba á su frialdad de mármol antiguo, cuando el grupo que le circundaba quebrantóse, y de él surgió un hombre de rostro grave y dulce á la vez, de luenga melena blanca, que, sacando de entre los pliegues de ancho manto una mano escultural que parecía hecha para imponer leyes á los mundos, dijo con acento más que humano:

—¡Bienaventurados los que lloran!, y ¡ay del hombre nacido de mujer que no amó ni compadejó á sus semejantes!...

Un relámpago digno del Sinaí envolvió un momento la faz del recién venido, bañóla después claridad solar, idílica luz de Oriente como la que alumbraría la escena del Sermón de la Montaña.

—¡Dices bien!—gimió el superhombre—. ¡Miserable del humano que no ama y que no llora!

Y el rostro del soberbio intelectual se contrajo con dolorosísimo esfuerzo; dibujó la mueca del llanto; pero sus ojos quedaron enjutos, brillantes, febriles, ardiendo en soberbia, ávidos de ternura; su alma era como el lecho gigantesco de un torrente seco. ¡Estaba privado del don de lágrimas!...

Y la visión desapareció de mis ojos, dejándome en el pecho opresión dolorosa.

III

Otra vez cambió mi sueño de aspecto y de lugar. Distintamente vi á una mujer joven, morena, ardorosa, más expresiva que bella, tan expresiva, que parecía hecha para amar con amor voraz y comunicativo como la llama. Su rostro enflaquecido, afilado, sus escaldados ojos llorosos, sus calenturientos labios parecían derretir-

se en fuego interno; insomne y suspirante iba en pos de una quimera: amaba á un hombre que no podía amar; anhelaba conmover el corazón imperturbable del superhombre que menospreciaba el amor y la compasión como á flaquezas morbosas. El alma de Magdalena—la enamorada del desamorado agosto—estaba hecha de caridad y compadecida del soberbio en cuyo pecho secó el orgullo la fuente de las lágrimas. ¡Ella le salvaría! ¡Ella le redimiría! Y consumíase de amor, en espera de una inspiración salvadora de aquel divino condenado...

Y en medio de la noche vi á Magdalena avanzar con una linterna en la mano; la vi llegar al lecho del superhombre, hacerle aspirar una esencia misteriosa, y luego la vi entreabrir las ropas del dormido, sobre cuyo pecho esplendió al rayo de la linterna la rutilante coraza que forjaron los cíclopes; vi á Magdalena provista de una lima sutil que mordía tenazmente el oro, cuyo polvo radiante iba aureolando en luz sus cabellos, más negros que la noche; vi poco á poco rajarse y ceder la dura chapa luciente, y vi al cabo á la mujer arrancar airada los áureos trozos de la coraza olímpica y librar de ella el torso apolíneo del hombre excelso. Realizada su obra redentora, el júbilo y la contenida ansiedad de Magdalena estallaron en violenta explosión de llanto.

Entonces el dormido despertó, sacudió su cabeza leonina, revolvió en torno los ojos dominadores, clavólos en la débil criatura que lloraba de amor á sus pies, y como si todos los senti-

mientos largo tiempo represados ó expulsados de su alma volviesen de tropel á ella, oprimióse con ambas manos el corazón, que amenazaba estallar en su plenitud magnífica, de sus ojos enardecidos brotaron lágrimas, sus entrañas de hombre palpitaron estremecidas por sensación inefable, y cayó en los brazos de la dulce enamorada...

Músicas divinas sonaron luego en sus oídos; emociones hondas ó violentas sacudieron las innumeradas cuerdas de su alma...

Volvió á sentir como hombre, y desde entonces escribió casi como un dios; tornó á ser poeta, y en expiación de su orgullo adoptó este nombre humilde, que le alcanzó la inmortalidad: *Homo*.